Epoca IV — Barcelona 15 de marzo de 1916 — Número 294

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 10 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

El pueblo en la calle

Al fin, cansado de esperar el resultado de comisiones oficiales que nada estudian ni resuelven; indignado de ver como el Gobierno consideraba letra muerta la ley de subsistencias aprobada por las Cortes hace más de un año; cansado de verse expoliado por los acaparadores en vergonzosa complicidad con las autoridades; explotado por la burguesía y ametrallado por la fuerza pública; cansado de todo esto, el pueblo se ha lanzado a la calle en actitud airada y ha sido recibido por sus enemigos seculares, con desprecio primero y a tiros al ver que insistía en su protesta.

Toda la prensa obrera, sin distinción de matices, conviene en la necesidad de que siendo general el malestar, general debiera ser la protesta.

Verdaderamente. Es hora ya de que aunemos la acción, para que el Gobierno no pueda asesinar impunemente a los trabajadores. Es preciso que los movimientos se generalicen para que si a las justas demandas del pueblo se quiere contestar con el atropello y la metralla, se les haga ver de una vez y para siempre que en nuestras manos está el acabar con la infamia predominante y con los miserables que habiéndose encumbrado por medios rastreros se creen con derecho a disponer de la vida de los que consideran como clase inferior.

No podemos predecir ahora el alcance que tendrá el actual movimiento, que si obedece a idénticas causas carece de unidad en la acción; pero sea cualquiera su resultado, es preciso que se pongan de acuerdo todos los que sinceramente desean la revolución, dejando a un lado a los revolucionarios políticos, que no irán más allá de lo que convenga a sus ambiciones, y preparen un movimiento cuya finalidad, como aspiración mínima, debe ser obtener lo que justamente se pide ahora.

Nos consta que ya se está trabajando en este sentido.

El Gobierno quiere acallar la protesta gestionando que el precio del pan no sufra aumento, como si sólo el pan constituyera el alimento del obrero. Podría darse el caso de que mientras se sostiene el precio del pan aumentara el de la carne y legumbres, con lo cual se agravaría el problema.

Precisa que la agitación no cese, y si cesa que sea para unificar la acción del proletariado hasta conseguir satisfacción a las demandas expuestas, y no olvidemos que entre ellas hay una que ni debe olvidarse ni transigir con ella. Es la en que se pide la libertad de los presos por cuestiones sociales.

El pueblo en la calle infunde pavor a los que viven del privilegio. A pesar de nuestros deseos de que la acción unificada sea una realidad, no podemos negar la importancia de los motines, de las insurrecciones locales. Es necesaria una serie de insurrecciones en las ciudades y un levantamiento en los campesinos, para que la revolución tenga el tiempo y la posibilidad de desarrollarse.

Ahí está la historia, toda la historia para probarlo. Y si dentro de la actuación obrera hay intelectuales o arribistas obreros, que como el socialista Jurado, del Arte Fabril, llama descabellados o locuras a estos movimientos, es porque no quieren la revolución, *porque la temen*. Odian al pueblo en la calle tanto como los burgueses de 1789 odiaban a los hombres armados con picas.

Pero sin esas insurrecciones, sin toda una serie de insurrecciones, jamás sería posible la revolución.

Se comprende: para que haya revolución es necesario que se haya desarrollado en las masas el descontento, el deseo de acabar con la opresión; que se haya extendido en amplias capas del pueblo trabajador, de aquellas de donde generalmente viene la *acción* revolucionaria. Cuando esos sentimientos existen y son capaces de traducirse por actos, los motines locales son inevitables.

Y no se diga que son inútiles; no ha habido jamás insurrección *inútil*.

Cuando los arribistas políticos, burgueses y obreros, hablan contra las insurrecciones populares, so pretexto de que son *inconscientes*, débese a que nada les repugna tanto como el pueblo en la calle.

Y el pueblo hoy, o está en la calle o se prepara para lanzarse a ella y la misión de los revolucionarios, de los anarquistas, está en no permanecer indiferentes.

No olvidemos que las pequeñas insurrecciones preparan las grandes revoluciones y el pueblo, tirando por la borda todas las tutelas, hasta las de sus sindicatos obreros, ha demostrado su ansiedad por la revolución. Por eso se amotina con tanta frecuencia; porque siente los latigazos de sus tiranos.

El factor principal de la guerra

Lo que se puede esperar

La frase hecha, el concepto vulgarizado, todo lo superficial, lo aprendido sin previo sostenimiento a un análisis medianamente rápido, está flotando en estos días de guerra con pretensiones de luminaria capaz de hacer ver las causas que han originado el choque entre las naciones más cultas y civilizadas de Europa.

En diarios y periódicos, en revistas y conversaciones, se especifican a la ligera esas causas determinantes, sin que en su apoyo se aduzca un argumento serio, que revele al menos una opinión personal basada en un examen de los sucesos.

Es la memoria, el tesoro libresco, quien hace opinar, quien forma las opiniones que los disertantes de toda laya exponen.

Y así resultan ellas.

Los saturados de economismo, que ven en todo razones de puro orden material, achacan la guerra a necesidades económicas, concretándose a lanzar su afirmación sin probarla, cual si fuera un axioma, una de esas verdades indiscutibles que no necesitan demostración porque son evidentes, porque se demuestran por sí solas.

Nada más inexacto, sin embargo.

Ni el régimen actual de la paz armada era insostenible, ni en todo caso sería una solución esta guerra, que no hace más que agravar la situación económica creada por la paz armada.

Las industrias, la agricultura y el comercio, nada ganan con la guerra actual. Y en cuanto a las finanzas de los Estados, en los dos primeros meses de guerra sufrieron mayor quebranto que el que suponen dos años de paz armada.

La única industria ganancioso en la actualidad es la de material de guerra, y para ella el porvenir se presenta lisonjero, por la necesidad ineludible en que de reponer los parques destruidos o agotados se verán los beligerantes.

Por otra parte, nada más equivocado que la aseveración hecha irreflexivamente en una revista barcelonesa por su director, de que la «situación crítica y sin perspectiva halagüeña de la industria alemana» es la causa de la guerra, por cuanto que en todo caso, serían la marina mercante inglesa y la industria francesa las afectadas por el crecimiento cada día mayor de la industria y la marina alemanas.

Errónea la causal económica aludida. Erróneo lo de la situación insostenible y lo de la solución desesperada.

***

Nunca como en esta guerra se han puesto de relieve los factores internos que gobiernan a los hombres.

Las ideas, ese factor puro, no tienen parte alguna en las causas de la conflagración. No es, no puede ser el ideal de civilización pretextado por los italianos para justificar la conquista de Trípoli, porque no cabe concebir sea un factor de civilización la alianza de la culta Francia con la semibárbara Rusia, ni la liberal Inglaterra con el semicivilizado Japón.

Los intereses, que en el fondo tienen también algo de ideas, porque conocer el interés propio revela conocimientos, estudios, si entra en parte en la contienda es tan sólo del lado de Inglaterra, cuyos estadistas han calculado friamente las ventajas que reportaría a su marina mercante el aniquilamiento del serio rival que representaba el desarrollo de la alemana.

Pero el interés no ha hablado en Francia, ni en Alemania, ni en Rusia, ni en Austria.

Y he aquí por donde se llega al principal factor de esta guerra, imposible sin él, y que movió también a gran parte del pueblo italiano a querer la intervención de su país en la contienda.

Ese factor es el patriotismo.

El patriotismo, sentimiento que acrece día a día, que es pasión, que los gobernantes estimulan en las escuelas cada vez más y que substituyen con ventajas a la pasión religiosa, que en otros siglos fué el sentimiento predominante.

El liberalismo de las democracias actuales y el desarrollo de la ciencia, han relegado la religiosidad a segundo término, individualizándola, quitándola su carácter colectivo.

Faltos los gobiernos de un freno moral suficientemente fuerte para seguir dominando a los pueblos, sometidos antes por la religión, han avivado el cariño natal, magnificándolo y extendiéndolo de la localidad a las fronteras nacionales.

Ha bastado así que los belgas se hayan sentido heridos en su honor nacional, en su amor patriótico, para que hayan resistido la invasión alemana con un arrojo asombroso.

Ha bastado que se sintieran los alemanes amenazados por la movilización del ejército del zar, para que con entusiasmo rayano en la ferocidad, hayan clamado por la guerra.

Ha bastado el ultimátum a Francia, para que los franceses, inflamados de patriotismo, se hayan incorporado al ejército, partiendo hasta de las más lejanas regiones.

Y así todos, incluso los socialistas alemanes y franceses y el portavoz en Europa del antimilitarismo, Hervé, y el diputado socialista Wermen, que en el Reichstag alemán gritó no hace mucho con gran escándalo de los alemanes: ¡Viva Francia!

Jamás el sentimiento patriótico se ha puesto más en evidencia, se ha mostrado con más fuerza y vigor, en exaltación más grande.

¿Hubiera sido posible sin él la guerra?

Si los gobernantes no hubieran tenido plena seguridad en la raigambre del sentimiento patriótico, en la fuerza formidable de esa pasión, no habría habido interés económico capaz de declarar la guerra, ni habría existido esa pesada paz armada, que si la aguantaban los pueblos era no sólo porque no era agobiadora, sino porque el sentimiento patriótico les hacía considerarla necesaria, imprescindible.

Y esa es la causa, el factor principal de esa conflagración horrorosa, cuya magnitud no tiene igual.

Descorazonados un tanto ante esa violencia arrasadora del sentimiento patriótico, sólo nos queda la esperanza de que las proporciones enormes del desastre hagan desaparecer tan funesta pasión, y sea posible el desarrollo de las ideas internacionalistas, y en consecuencia, del anarquismo.

No es difícil que en esta guerra, junto a los muertos, sea enterrado el sentimiento de patria, ese sentimiento que es la base de la dominación autoritaria. Si así sucediese, no podría darse por mal ocurrida esta guerra.

EDUARDO G. GILIMÓN

LOS SUCESOS DE LA UNIÓN

Jamás en España se han cometido más horrores contra la clase trabajadora que durante la permanencia de los liberales en el poder. Desde las matanzas de Riotinto hasta las de La Unión, todas ellas han cubierto de oprobio al partido liberal. Si los hombres que lo integran no estuvieran tan curtidos en toda clase de atropellos, se avergonzarían de mirar cara a cara a sus hijos ante el temor de verse por ellos maldecidos, al saber que sus apellidos han de ser el ludibrio de todos los que de la dignidad y la decencia tengan un mediano concepto.

Y no es extraño que así ocurra. Si repasamos la lista de los prohombres de ese partido, apenas si encontraremos unos cuantos que no sean tránsfugas de otros partidos políticos y de otras escuelas filosóficas, y que ante la oferta de una nómina, arrojaron por la borda cuanto podía estorbarles para el logro de sus bastardas ambiciones.

Con gente de esta calaña, la justicia es un mito, el respeto a la personalidad humana una camama y los derechos individuales un estorbo.

Nos tenían acostumbrados a todos los atropellos; en estas columnas hemos expuesto la serie de ridículas persecuciones, los arbitrarios encarcelamientos, la suspensión de los derechos de reunión y de asociación y cuanto puede ocurrir cuando la vida de un pueblo está en manos de hombres como los que hoy ocupan el poder.

Lo ocurrido en Valencia nos hizo presagiar algo terrible, pero no tanto como lo ocurrido en La Unión, donde todavía no sabemos a ciencia cierta el número de muertos—*todos obreros*—que resultaron de aquella horrible masacre efectuada en holocausto de la tan decantada libertad del trabajo.

A 45 ascienden los muertos, según la prensa no oficial, y los heridos se cuentan por centenares.

¿Qué delito cometieron aquellos hombres, aquellos honrados productores, aquellos laboriosos mineros para que fueran tan ferozmente atropellados?

¡Querían vivir! En vista de que con sus irrisorios salarios no pueden comer y de que el gobierno los tiene abandonados, pretendían mejorar su situación por su propio esfuerzo, y en un mitin, donde con vivos colores se pintó la triste situación a que se hallan sometidos, la explotación de que son objeto, la injusticia con que en todas las esferas se les trata, acordaron... lo menos que podían acordar: declararse en huelga hasta conseguir que sus justas pretensiones sean atendidas.

Y ahí está su enorme delito. Y por causas iguales las cárceles de España se hallan repletas de obreros, y muy especialmente ahora la de Barcelona; y por causas iguales la guardia civil disparó sus mausers en Valencia contra los trabajadores; y por causas idénticas el innoble policía descarga su garrote contra los que piden más pan y más justicia, y hace gala de su soez vocabulario esa chusma indecente que vive de las migajas que les arrojan los derrochadores del festín del presupuesto de la nación.

Y cuando los trabajadores de La Unión, en forma más o menos tumultuosa, iban a solicitar la cooperación de otros explotados como ellos, aunque menos conscientes, se encontraron con la intimación de los fusiles de la tropa, que de manera brutal hizo fuego contra ellos.

¡Cuarenta y cinco muertos por pretender recabar el apoyo de los compañeros que no habían secundado la huelga!

Al objeto de no exgir responsabilidades se ha pretendido hacer ver que los huelguistas iban armados y provistos de cartuchos de dinamita, y esto no es cierto. Ni siquiera pudo tener consistencia el que dijeran los partes oficiales que había siete guardias heridos, porque a medida que el número de estos ha ido disminuyendo hasta esfumarse por completo, el número de muertos y heridos de la clase obrera ha ido aumentando hasta alcanzar la cifra que hemos citado.

Los gobiernos no pueden dar soluciones porque no las tienen. Por eso ante las peticiones del pueblo, su única solución es el mauser. A la política se dedican todos los que en las universidades no pudieron alcanzar un título y si lo alcanzaron fué debido más al favor que al estudio, y a esta gente no puede pedírsele más que brutalidades. Es lo único que pueden dar. Y su razón suprema es el mauser. Ese mauser que sólo tiene eficacia entre los moros y entre los trabajadores.

Recordamos que poco después de terminada la guerra de Cuba y ante la amenaza de Silvela de que los nuevos impuestos serían cobrados por la fuerza, le replicaba el conde de las Almenas:

«Los fusiles que han regresado intactos de la guerra de Cuba, no pueden ser empleados contra el pueblo trabajador.»

Pues hasta la fecha el mauser, sobre todo el de la guardia civil, no tiene otra aplicación.

¿Pero es posible que el pueblo soporte tanto atropello, tanta opresión? ¿qué se ha hecho de la virilidad del proletariado, que a provocaciones como la de La Unión no responde con una actitud enérgica que haga ver de una vez a estos gobernantes ineptos de lo que es capaz un pueblo indignado? ¿Cómo la huelga general en toda la nación, no se ha efectuado en el momento de tener noticias de tales atropellos?

No; lo ocurrido no debe quedar reducido a una protesta platónica. No ha sido ametrallado un pueblo amotinado, sino un pueblo en su legítimo derecho de huelga y cuando pretendía el apoyo de otros obreros.

Y aunque fuera cierto que los obreros pretendían asaltar la fábrica, esto no justifica la agresión sino que agrava más la culpabilidad de los causantes de la hecatombe.

El que los huelguistas soliciten el apoyo de los obreros que trabajan, no es delictivo. No creemos que la fuerza pública debe estar dedicada para estos menesteres.

Hechos como el ocurrido en La Unión deshonran a los que los ordenan o los encubren; pero si a ellos responde la pasividad de los trabajadores, cabe aplicarles la frase de que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen.

RIOJA

El Carnaval entre bayonetas

Así se ha celebrado este año el carnaval en Barcelona, entre bayonetas.

Policía secreta, guardias de seguridad de a pie y de a caballo, guardia civil de ídem custodiaban las calles en traje de campaña y fuerzas del ejército, durante la mañana y parte de la tarde del domingo, han desfilado en traje de marcha por las Ramblas y Paseo de Gracia.

Así ha celebrado el carnaval la burguesía de Barcelona, derrochando el dinero que niega a los trabajadores que les producen las riquezas.

El carnaval entre bayonetas era un número que no se le había ocurrido a la Comisión de festejos.

Faro de luz

Con muy grande sentimiento y para vergüenza de este siglo, llamado de las luces, que tan admirables conquistas nos ha proporcionado en todos los ramos de la ciencia, asistimos a la hecatombe más horrible que registra la historia en sus anales.

Una vez más muestra sus garras sobre aquel inmenso continente, llamado Europa, la fiera indomable y sangrienta del militarismo, que asola y destruye ciudades enteras, matando lo bueno y aniquilando lo bello.

Ha vuelto nuevamente la humanidad a los tiempos de la barbarie en que el hombre se dedicaba, para recrearse, a matar a sus semejantes inpunemente.

En un solo momento, y en beneficio de una ínfima minoría de seres, que no ven siquiera los campos de batalla, quedan viudas miles de mujeres y miles de niños en la orfandad.

Arruínanse familias enteras, se destruyen honrados y laboriosos hogares y se practican horrores tan increíbles, que son indignos de civilizados. De ahí que toda la atención del mundo entero esté actualmente reconcentrada en el continente conflagrado.

Todos los hombres de sentimientos nobles y altruistas fijan su atención hacia allí con el corazón dolorido y apenado.